

PATOLOGIA EXISTENCIAL

LA PSIQUIATRÍA, MEDICINA DE LAS ENFERMEDADES DE LA VITALIDAD

por el

Doctor EUSEBIO NUÑEZ SANCHEZ

Director del Manicomio Provincial.
Segovia.

"No sé qué quiere decirse con esa tan asendereada palabra de misticismo... Ahora, si en este caso concreto quieres decir la doctrina de los que creemos que hay más medios de relacionarnos con la realidad que los señalados en los corrientes manuales de lógica, y que el conocimiento sensitivo ni el racional pueden agotar el campo de lo trascendente, entonces, sí, místico. ¡Mas si con ello quieres decir algo sobrehumano o extrahumano, entonces, no!"

UNAMUNO: *Sobre Filosofía española.*
(Diálogo)

I

INTRODUCCIÓN A UNA MÁS COMPLETA MEDICINA ANTROPOLÓGICA

Con la idea de que los conflictos en el orden espíritu-social de la persona influyen los procesos biológicos, se desenvuelve hoy la Medicina en su moderna modalidad de Medicina antropológica, significando con ello que el hombre es una unidad psicosomática con dos dimensiones existenciales, la biológica y la espiritual, que hacen comprensibles las enfermedades.

Sin embargo, esta visión dualista de la vida humana, como concepción analítica existencial exhaustiva en Medicina, es insuficiente, sobre todo pensando en Psiquiatría. Para que adquieran sentido existencial todas las enfermedades, entre ellas las psicosis y las psicopatías endógenas, hace falta tener en cuenta otras dimensiones existenciales del hombre.

A poner de relieve lo vital como una dimensión natural humana más, radicalmente distinta de la biológica y la espiritual, y hacerla objeto de la Psiquiatría como rama de la Medicina, tienden los artículos que hemos publicado en esta Revista.

Abogan a este modo de pensar en Medicina, no sólo la necesidad que sentimos como psiquiatras de hacer existencialmente comprensibles las locuras y las psicopatías como grandes y pequeños trastornos del acontecer humano que no caben en la dimensión biológica ni espiritual de la persona, sino también el afán con que el médico actual, psicosomático, trata con criterio morfologista de distinguir en la práctica cuándo un síndrome global y profundo (personal, habríamos de decir) tiene dentro de la estructuración empírica del hombre, origen en una u otra de tres supuestas estructuras, que esto, poco más o menos, queremos decir con los nombres de corporal, vital y psicológico, o con los calificativos de sintomático, endógeno y reactivo, distinción sancionada por la experiencia y por la práctica terapéutica.

En estas condiciones, bien podemos encauzar el pensamiento médico contemporáneo hacia una visión morfológica y funcional tridimensional de la Medicina. Tres dimensiones principales en la existen-

cia humana, y tres estructuras psicosomáticas en la personalidad que han de permitir al médico nuevo ordenar su pensamiento clínico, no sólo en cuanto en qué dimensión está alterada la vida del enfermo, sino en dónde asienta, dentro de la estructura psicosomática del mismo, la causa preformante de su enfermedad, permitiéndole configurar así la abigarrada patología humana con un criterio causal y finalista, psicosomático y existencial, total, que hoy no posee.

Si la dimensión vital humana ha sido tenida hasta ahora por campo de lo irracional, de lo poético y de lo místico, y, como tal, excluida de la Medicina científica, hora es de que entre en ella, aunque sea para conmovir de pies a cabeza su forma actual, ya que de este reajuste ha de salir la nueva Medicina, que hoy necesitamos, vital y racionalmente adecuada a nuestro momento, y que ya se anuncia.

Es así como nosotros vemos ordenada la patología médica en tres ramas o círculos naturales: patología biológica, patología vital y patología caracteriológica; biosis, psicosis (timosis, que me sugiere LÓPEZ IBOR) y neurosis, entendidas estas enfermedades en su doble sentido morfológico y funcional, esto es, por una parte, en relación que podemos decir causal con las supuestas estructuras psicosomáticas de la personalidad (bio, timo y noe-somatopsiquis, que llamamos nosotros), y, por otra parte, en relación funcional con las tres formas principales de desenvolvimiento del hombre en el mundo, biológica, vital y caracteriológica, apareciendo así la Medicina unificada.

«Hacer de la Psiquiatría una ciencia natural», es la expresión de C. SCHNEIDER. Hacer de la Psiquiatría una rama de la Medicina, la ciencia médica de una forma de estar el hombre en el mundo que no supo o no quiso ver la Medicina clásica, debe ser nuestra aspiración.

Ahora bien: pero, ¿cabe aproximar en esta forma la Psiquiatría a la Medicina científica? ¿No mataremos, elevándola a rango de saber noético, lo mejor de ella, la intuición, como forma idónea de aprehender la existencia vital de los hombres? Nosotros creemos que no. Nos obliga a ello no sólo nuestro intelecto, del que no podemos prescindir, sino la propia Medicina, pues por mucho que el acto médico sea arte, es siempre arte médico, y la Medicina necesita que las intuiciones del médico alcancen la alta región del espíritu y de la razón para que haya una ciencia y una filosofía médicas que fundamenten la actuación del clínico; lo exige la alta calidad del objeto.

Y es que el médico—y el psiquiatra ante todo lo es—no puede ser sólo racionalista o animista, sino ambas cosas a la vez. Por intuición ha de profundizar artísticamente en el conocimiento de la naturaleza humana, pero ha de hacer racionales las nuevas verdades, pues más que nadie necesita rodear su actuación de toda la constelación espiritual de la época.

Con lo expuesto estamos en condiciones de intentar un estudio de las dimensiones del hombre, donde la dimensión vital aparezca como pareja, en significación médica, a la biológica y la espiritual. Su lectura aspira a interesar al médico general.

II

DE LAS CUATRO DIMENSIONES DEL HOMBRE

Aceptada como un progreso o una conquista (LÓPEZ IBOR) la teoría de las capas de la personalidad, hemos de concebirla en sentido psicosomático (idea opuesta a la teoría de las capas como estratos psíquicos), y a la vez aplicable a todos los momentos de la evolución individual (idea opuesta a la teoría de que las capas son estadios de la evolución ontogénica); cargando, por último, la significación de capas más en el aspecto funcional y existencial, impuesto por los estratos del dintorno, que en el antropológico, impuesto por directrices endógenas.

Partiendo de que son cuatro (HARTMANN) los estratos del perimundo humano: material, biológico, vital y cultural, cuatro han de ser las dimensiones existenciales del hombre, que, referidas al conocimiento exteroceptivo, de donde deriva la forma en que la realidad le es propuesta al hombre, podríamos parangonar, por lo que hoy sabemos de fisiopsicología a cuatro formas del conocimiento: infrasensorial, perceptivo, vital e intelectual-racional.

Con todo, en la complejidad dinámica vivencial del hombre adulto, al que vamos a referir las capas, resulta imposible en la práctica separar los dos primeros estratos que, unidos, informan la dimensión biológico-corporal. De ahí que, dejando a salvo el valor teórico de que sean cuatro las dimensiones existenciales del hombre y cuatro las capas de la personalidad, nosotros, por razones prácticas, las estudiaremos reducidas a tres, a las que vamos a llamar, en su doble aspecto antropológico y existencial, estrato de la corporeidad, de la vitalidad y de la idealidad, mejor que de la racionalidad, y mejor que hablar de cuerpo, alma y espíritu, que son expresiones cargadas de significado metafísico y estrictamente antropológico.

Capa de la corporeidad.—Referida al conocimiento, el estrato más oscuro y menos relevante de esta capa corresponde, por lo que hoy sabemos, al conocimiento que podemos llamar infrasensorial: «elementos sensoriales que existen en las sensaciones kinestésicas, cenestésicas, etc.» (BLEUER: *Afectividad, sugestividad y paranoia*). «Sensaciones y no afectos» (BLEULER) que nos dan noticia del verdadero mundo exterior, más allá del propio cuerpo, por datos de mecánica corporal cuya síntesis proporciona al individuo conciencia de su estar material entre los cuerpos de la naturaleza (esquema corporal).

Pero más interés nos ofrece, dentro de esta capa, el estrato más superior o estrato del conocimiento sensorial perceptivo. Por él se le da al individuo la realidad en forma de cosas. Pero, ¿qué son para el hombre cosas? Esto es fundamental para fijar los límites de esta forma del conocimiento como perteneciente a un nivel antropológico existencial cerrado en sí mismo.

El «concepto» de cosa no es un puro concepto racional, un fantasma del intelecto, un módulo convencional intelectual para dividir y encasillar la naturaleza según la razón; ni siquiera lo es como producto de una experiencia racional constructiva. Sino que el concepto de cosa implica la razón puesta

al servicio de otro modo de vivir la naturaleza más primitivo y elemental que el estrictamente racional o ideal, el cual descansa sobre dos realidades más profundas, una objetiva y otra subjetiva, una natural y otra antropológica, autónomas desde el primer momento, cuyo acoplamiento en la mente del hombre define una forma natural de estar el hombre en el mundo. ¿Cuáles son estas realidades?

Objetivamente decimos cosa a lo que la naturaleza nos ofrece como «circunscrito y distinto a lo demás» (ZUBIRI). Apreciar cosas es, por tanto, apreciar la naturaleza en forma de unidades delimitadas en el mundo que llamamos sensorial, real o imaginativo (mundo amanejo), y no en el mundo racional, ideal y matemático. Si la razón hace luego de esa delimitación cósmica sensorial un símbolo abstracto para llamar cosas a todo lo que es delimitado en algún aspecto racional, a estas «cosas», exclusivamente racionales, no nos referimos aquí.

Pero no basta decir que la idea de las cosas es formada por abstracción de los esquemas sensoriales dictados por las cosas mismas. Esto es escamotear el aspecto antropológico del problema. ¿Quién sino el hombre forma ese esquema sensorial? Detrás de los rasgos de la cosa, ofrecidos por la naturaleza a los sentidos, y detrás de la percepción como fenómeno psicológico, ha de haber sendas unidades reales, una externa, cósmica, que hace a la cosa tener aspecto de tal, y otra interna, antropológica, profunda, factor individual del esquema perceptivo que lleva al hombre a ver la cosa como una unidad, a presentirla, a buscarla y a descubrirla. Y precisamente porque ambas realidades se adaptan como necesidad y objeto, es por lo que la cosa es una y la misma fuera y dentro del hombre, como lo es en el mundo y en la mente del animal superior que, viviendo entre cosas, no sabe nada racionalmente de ellas. Y es que el conocimiento de las cosas no es una intervención racional, sino una intuición biológica.

Visto así el problema existencial en el orden de las cosas, importa saber en virtud de qué factores o realidades, externos e internos, el hombre se encuentra obligado a presentir las cosas y las ve. Problema antropológico que no resuelve el *sensus communis* de Santo Tomás, que tan sólo reconoce que esta capacidad existe y es común a todos los hombres; pero, ¿cómo? Esta es la cuestión.

Quizá veamos mejor la solución antropológica existencial de este problema tomando el hilo donde lo dejó nuestro TURRÓ con su teoría de «La base trófica de la inteligencia». El concepto de cosa (ésta era su idea) es un producto de la inteligencia que se adquiere por experiencia; pero—añadía, y esto es lo importante aquí—el motor interno de la inteligencia (en cuanto al conocimiento de las cosas) es el imperativo trófico. Si la primera parte de su tesis es tributo que TURRÓ debe a su época racionalista y conductista, en la segunda, en cambio, sienta con intuición adelantada que el intelecto obra en el conocimiento de las cosas movido por una necesidad corporal: el instinto trófico. Esto es, no ya por una necesidad racional.

Pero, para nuestro saber actual, si el instinto trófico es motor de la inteligencia en el conocimiento de las cosas, por la misma razón habrán de serlo todos los demás instintos, que aportan igualmente a la conciencia la realidad de una necesidad biológica como lo primero que necesita la mente noética. En la línea de TURRÓ, pues, el conocimiento de las cosas debe tener hoy una significación fundamental biológica que, apartándole de la razón, le define como conocimiento de la corporeidad.

Però hay más. Hoy no debe darse por suficiente que el instinto actúe como mero motor inespecífico de la inteligencia, que pensaba TURRÓ del hambre como simple estado de necesidad imperiosa a ingerir maquinalmente algo, para luego la inteligencia llegar al conocimiento de la cosa por experiencia de esas ingestiones, sino que, como parece enseñar la «gestalt»-psicología, el instinto en estado de necesidad aporta ya a la mente un elemento unitario interno pre-configurado, que es factor o realidad antropológica de la cosa, base unitaria del esquema perceptivo. No es problema, por tanto, de necesidad biológica a secas, sino de necesidad con intuición biológica. Pero, ¿de dónde esa intuición, sino de la representación mental, en alguna forma, del aparato instintivo correspondiente, más acusado cenestésicamente en el esquema corporal por su mismo estado de necesidad; hambre, sed, libido, etc.? Molde interno, o como quiera llamarse, que lleva a presentir punto a punto su objeto. ¿De dónde sino de sí mismo va a sacar el cuerpo su sabiduría?

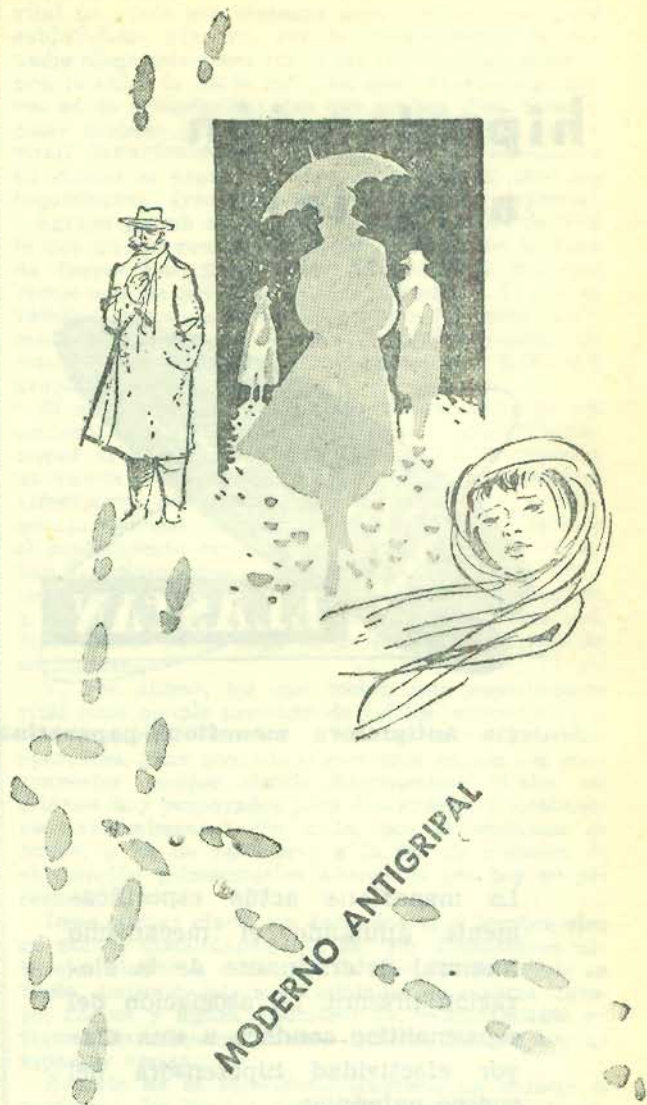
Si, por otra parte, la misma «gestalt»-psicología descubre que existen leyes de la forma objetiva (ley de encerramiento, de la buena curva, etc.), seguramente no sólo en el campo visual, sino también en otros campos sensoriales, que prueban la existencia de partes en la naturaleza que se imponen a la mente del hombre como algo externamente preformado, en ciertas condiciones de «figura-fondo» (GOLDSTEIN), y que esos algos son precisamente los que por derecho nato llamamos cosas, hemos de creer, por último, que «estando paralelamente estructurados el ser y el mundo» (UEXKULL), la unidad perceptiva cosa aparece en la mente del hombre, porque tanto los dictados de la realidad circundante (mundo objetivo), como los dictados internos psicósomáticos del imperativo biológico—recuérdese la teoría de la autorregulación químico-psicológica de KATZ—(personalidad biológica), aportan a la mente superior o noética esquemas y factores unitarios cuasi-configurados de las cosas, que se corresponden y adaptan punto a punto. Cuya adaptación marca los límites cognitivos de un plano antropológico-existencial del hombre, cerrado en sí mismo, al que hemos llamado estrato de la corporeidad.

Capa de la vitalidad.—Referido, como estamos haciéndolo al conocimiento exteroceptivo, el conocimiento vital del hombre se impone como captar la naturaleza como portadora de un significado especial que objetivamente llamamos vital y subjetivamente anímico, porque está en relación de contrapunto con nuestras necesidades, que parecen nacidas del alma. Necesidades que nosotros hemos enunciado como necesidades de contacto, de ordenación, de tarea y de decisión vitales.

Però concebido en esta forma el conocimiento vital, entraña arduos problemas racionales, que se han de intentar solucionar para que esta dimensión humana pueda incorporarse como tal dimensión natural a la ciencia y a la Medicina. ¿Le es, en verdad, propuesta objetivamente al hombre la naturaleza en su dimensión vital, o el verla así es puro subjetivismo afectivo? Si es aquéllo, ¿qué apariencia sensorial, semejante a la de la forma objetiva biológica, le es propio a la naturaleza vital?

Si el hombre adquiere por percepción sensorial un conocimiento corporal biológico del mundo en contrapunto a sus necesidades biológicas, igual debe adquirirle de un mundo vital, en contrapunto a sus necesidades anímicas. Sin embargo, esto no está tan claro en nuestro modo actual de pensar. ¿Por qué?

La causa principal por la que este aspecto natural del conocimiento humano del mundo pase hoy



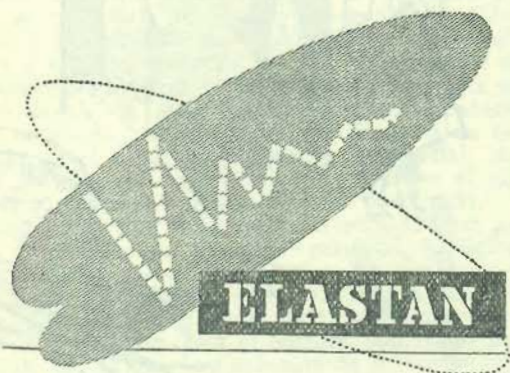
Combate eficazmente la molesta sintomatología de los estados gripales y catarrales y previene sus complicaciones

destara

Tubo de 8 tabletas



hipertensión arterial



Sinergia antipresora menaftona-papaverina

La menaftona actúa específicamente anulando el mecanismo humoral determinante de la elevación presora. La asociación del espasmolítico conduce a una mayor efectividad hipotensora del cuerpo quinónico.

ELASTAN

SUPOSITORIOS

GRAGEAS



Instituto Farmacológico Latino, S. A. - Madrid

inadvertido a los ojos de la razón, es, sin duda, el olvido en que cayó la tricotomía de la personalidad que acertaron a ver los griegos, y que como cuerpo, alma y espíritu admitieron tantos filósofos medievales (ya San Pablo habló de hombres carnales, psíquicos y espirituales [JULIÁN MARIAS]). Idea que fué sustituida por la de forma y materia, de Aristóteles, que ha dado pie al dualismo cartesiano.

Ahogada la existencia vital, como siempre que las culturas llegan a una fase de intelectualismo, y esto ocurrió en la cultura helénica con Aristóteles, en la gótica con Santo Tomás y en la moderna con Descartes, lo vital busca salidas tortuosas. Así, escapa unas veces hacia la Teología para aparecer como algo sobrenatural, religioso, anímico o místico; otras, hacia la Poesía y la Literatura, apareciendo entonces esta visión del mundo como algo romántico, extracientífico y puramente subjetivo; y otras, por último, como hoy ocurre, derivan hacia lo biológico, haciendo aparecer lo vital como mera expresión global de la vida, idea inspirada, sin duda, capciosamente en aquello de San Agustín de que «la vida por la cual estamos unidos al cuerpo se llama alma» (JULIÁN MARIAS). Pero lo cierto es que el alma no puede reprimirse ni en favor del espíritu ni en favor del cuerpo. Y si hoy no interesa la existencia vital porque al mundo actual le importa el hombre sólo como máquina corporal o como espíritu impersonal colectivizado, ello no significa que se haya anulado lo vital, fuera y dentro del hombre. El mundo podrá desentenderse de ello con la frase, entre supersticiosa e irónica, de «¡Allá cada cual con sus problemas de alma!» Pero, ¿puede desentenderse igualmente la Medicina?

Para la Medicina no se trata ya de que ello conduzca a la asfixia de lo máspreciado del hombre: su intimidad (su hogar, su familia, su obra de vocación y artesanía), ni siquiera de que el tedio moderno sea consecuencia de que el hombre se sienta dominado por el espíritu aconfesional que es lo social; se trata de que, como médicos, no podemos negar realidad a esa dimensión natural humana cuando el hombre es capaz de enfermar de ella. Ahí están, si no, fuera y dentro del manicomio, los enfermos psicóticos, para los que la vida es por sí un puro problema de existencia vital. Hombres y mujeres, esquizofrénicos y maniaco-depresivos, para los que las personas y las cosas antes llenas de significado vital han dejado de tenerle o tienen otro distinto de antes. Hombres que se sienten anímicamente rechazados, perseguidos, espiados por un mundo vital amenazante; o henchidos y rebosantes patológicamente de necesidad de contacto anímico; o retráidos y a punto de suicidarse por ausencia de contacto vital, o por encontrarse metidos en un mundo vitalmente caótico, confuso y desorganizado. Hombres y mujeres, anormales en el plano vital de la existencia humana, que no son santos y poetas y que, sin embargo, hablan como tales, cuando sólo son pobres enfermos.

Un ejemplo de STORRING (*El síntoma de la perplejidad*), para no citar ejemplos personales, dará perfecta idea de cuál es esta existencia, bien diferente, como el mismo autor reconoce, de la biológica y de la espiritual. Dice un enfermo a STORRING: «Entonces llegó una señorita con un coche de niño, y el niño tenía una gorrita (bien: ¿qué tenía ello de particular?); y después apareció un perro en la esquina, y un hombre silbó (bien: pero todo esto pasa todos los días, ¿qué era lo importante?); y después llegaron dos muchachas cogidas del brazo y un obrero con una escalera; era sencillamente *espanto*.

so.» Y comenta STORRING: «En estos casos de objetivación de la angustia esquizofrénica, el enfermo no puede, como es lógico, alegar un motivo racional. Del mismo modo—añade—, lo perceptible sensorial se halla inalterado; toda impresión nueva es captada cuantitativa y cualitativamente con exactitud, y, sin embargo, todo está «cambiado», todo es «extraordinario». Pero, preguntamos nosotros, ¿no se estaría mejor dispuesto para comprender el enigmático de este asunto si en lugar de decir *grosso modo* que lo inalterado es lo perceptible sensorial se dijera lo perceptible biológico? ¿No dejaríamos así abierta una puerta entre lo biológico y lo racional, la puerta del mundo vital, por donde podríamos echarnos a investigar?»

Bien sabemos que en la concepción analítica existencial espíritu-biológica de la Medicina actual no se mira con buenos ojos esta forma de enfrentarse el hombre con la realidad. HOFFMAN, por ejemplo, habla, aplicable a esta forma de conocimiento, de puro conocimiento pático, «exclusivamente autista y falseador de la realidad» (*Teoría de los estratos psíquicos*). Igualmente hace, como vemos, STORRING, por no citar otro. Y si esto ocurre con los psiquiatras, ¿cómo extrañarnos que los médicos biólogos, los llamados médicos somatólogos, le consideren extrarreal y extracientífico, en el caso de reparar en él? Llevados en su concepción actual de la Medicina antropológica y personalista de las doctrinas del Psicoanálisis y de la Psicología individual, sólo conceden beligerancia en la consulta al instinto sexual y a la voluntad de poder del paciente, que, reprimidos pueden influir, perturbando, la marcha de los procesos corporales del enfermo. Pero, ¿y el plano vital de la persona no es acaso también algo tan importante que puede enfermar igualmente? (Sepa el médico general la orientación fenomenológica existencial moderna de BINSWANGER, que considera el amor—amor y no sensualidad—como el fundamento en que descansa la existencia humana.)

El conocimiento vital no es para nosotros ninguna deformación afectiva del conocimiento racional, ni ninguna anomalía, siquiera sea suprasensorial, del conocimiento biológico, a modo como el animal barrrunta un peligro corporal inconcreto, sino una forma radicalmente primaria de ver el mundo en contrapunto a las necesidades naturales anímicas. Menos aún el conocimiento vital tiene que ver con ninguna sensación de voluptuosidad biológica derivada de sentimientos sensoriales y sensaciones cenestésicas emanadas del aparato sensorial en relación con determinados estímulos.

Hay que reconocer que existe un mundo vital, menos claro si se quiere que el biológico-corporal, pero real; que atrae y rechaza, que mueve a la tarea, que se deja agrupar en constelaciones anímicas, etc., cuyos valores vitales objetivos son independientes de los biológicos y de los espirituales. Cuando hablamos en Psiquiatría de terror vital, no lo hacemos como de un grado o forma de terror biológico o de sentimiento de fracaso o de inferioridad espíritu-social, sino como de algo diferente. No es la vida del enfermo la que está en juego, que él con gusto la perdería, ni es su fama, su categoría o su valía social, que a lo más siente como secundariamente disminuídos. Es algo absolutamente distinto que atañe a la vitalidad y a la animicidad del enfermo en relación con lo que le rodea, a su desenvolvimiento en un mundo de contactos, fuerzas, tareas y decisiones vitales. Dimensión anímica de la existencia humana en el mundo, que el hombre siente como razón profunda de su estar en él.

Que el estado de ánimo influya en el conocimiento vital no puede ser bastante para creerle como puro subjetivismo afectivo, por la misma razón de que nadie niega existencia real a las cosas porque el hambre, la sed o la libido influyen como afectos instintivos en su apreciación; ¿es que no hay días, seres y cosas capaces por sí mismos de cambiar el humor vital? WERTHEIMER dice: «Una cosa es inquietante en cuanto es negra; incluso es, en primer término, inquietante» (recogido por KATZ). «La expresión—agrega por su cuenta KATZ—es lo primero de todo lo que un ser comprende de la vivencia que le llega de fuera. Las propiedades fisiognómicas del ambiente son las primeras, no las cognitivas. Y esto es válido—insiste—en igual forma para las cosas inanimadas que para las vivas.» Y ¿qué entienden en este caso WERTHEIMER por inquietante y KATZ por propiedades fisiognómicas?

Si no puede haber, hablando psicológicamente con propiedad, conocimiento afectivo, sino sólo deformaciones afectivas de los distintos modos de conocer, no vamos a negar que los «impulsos del corazón» (HOFFMAN), que tanto llegan a influir en el conocimiento biológico-corporal, arrastrándole a la ilusión y el conocimiento racional conduciéndole al delirio, no han de influir sobre el conocimiento vital. A ello nada tenemos que oponer; a lo que nos oponemos aquí es a que se considere el conocimiento vital como una deformación pática especial de esas otras formas de conocimiento.

Y, por último, los que toman este conocimiento vital como simple producto de juicios inconscientes o subconscientes, fundados en detalles perceptivos poco aparentes, ¿han pensado si esos detalles nos son poco aparentes porque siendo fisiognómicos vitales no estamos hoy preparados para describirlos y localizarlos racionalmente? Sin duda, que el problema es hondo, y ha de resolverse a la luz de métodos de exploración psicósomática adecuados que hoy no poseemos.

Debe quedar claro, con todo, que si el hombre vive su mundo simultáneamente en tres dimensiones naturales distintas, cada una de ellas ha de influir su razón, imponiéndola sus realidades de espacio, tiempo, fuerza y figura (número) (v. WEIZSAECKER) en forma fenomenológicamente distinta, aunque hoy no sepamos verlas.

Estrato de la idealidad.—Huyendo de reducir el espíritu a los límites demasiado estrechos de la razón, a que parece tender nuestra cultura occidental, preferimos hablar de estrato de la idealidad como la tercera dimensión del hombre a hablar de estrato de la racionalidad. De ahí que, referida al conocimiento esta tercera dimensión, no venga dada sólo por el llamado conocimiento lógico-racional, sino por el más amplio conocimiento interpretativo intelectual.

Por él, el mundo real toma para el hombre el carácter de símbolo inteligible de un mundo superior, mundo de la idealidad o mundo del espíritu, que el individuo vive interpretando ideológicamente las conexiones inteligibles que en este aspecto unen el signo con el significado. Y lo mismo que por los signos corporales y fisiognómicos el hombre vive con convicción inmediata aquellas realidades motivadoras, la cósmico-biológica y la cósmico-vital, por este aspecto simbólico que ahora estudiamos el hombre vive con igual convicción inmediata ese otro mundo superior, en el que se encuentra, incluso, como parte que es de la naturaleza dominada por él.

Excusándonos por nuestra exclusiva condición de médicos de no poder usar una terminología más rigurosa, podemos decir que este aspecto superior de

lo creado es vivido por el hombre en dos formas diferentes, estática y dinámica, respectivamente acusadas en las expresiones corrientes de interpretación simbólico-ideal de la realidad y en la de reconstrucción racional del mundo.

La primera hace referencia a una visión cósmico-espiritual estática de la realidad, que hace de ella algo así como el mundo oriental de la sabiduría, donde los hechos y las cosas creadas tienen un carácter significativo de bondad, belleza, poder, justicia, etcétera, superior, ejemplar para la conducta humana, cuya ordenación particular, puntiforme, de estos valores, constituye el estilo y el espíritu de cada pueblo y cada época que vemos reflejado en sus obras y en sus hazañas. La segunda, más occidental, hace referencia a una visión del mundo como acontecer idealmente ordenado: ciencia, cuando es referida al acontecer de la Naturaleza, e Historia, cuando es referida al acontecer espiritual ordenado de la Humanidad, que llamamos cultura. Visión donde los hechos naturales y humanos se desenvuelven según un orden superior, capaz de ser aprehendido por la razón, bien por la razón lógica como causas y efectos, apta para explicar los hechos naturales, o bien por la razón teleológica como acontecer dotado de sentido superior, apta para comprender los hechos humanos (reconstrucción racional del mundo).

Sin embargo, estas comprensiones racionales del mundo, lógica y teleológica, no deben tomarse por lo esencial de la visión dinámica. Lo inherente al espíritu, más viejo que la razón, es impulsar al hombre a

salirse de los límites de su individualidad material y biológica. Hacer de él algo que pertenece a un mundo superior y que, además, sirva con su existencia a los designios de este mundo de un modo activo. Lo importante, pues, en esta visión dinámica no es razonar por razonar, sino poder poner en relación de realidad el presente del hombre con un pasado y con un porvenir ideales que llenen de contenido convincente y digno, verdaderamente humano, esa difusión retroactiva y prospectiva de la existencia individual. Y ¿qué otra cosa hace, sobre todo, la razón que servir de esta manera al espíritu?

Mundo real en que el hombre, por la condición de su razón, se siente en la difícil situación de ser simultáneamente espectador, actor y autor, pues, si espectador es contemplando objetivamente el mundo como espectáculo científico o histórico, es actor, por otra parte, en cuanto el acontecer de los hechos le prueba que éstos y su pensamiento racional son la misma cosa fuera y dentro del hombre, pues ambos están poseídos por una misma ley, la de la verdad. Y, por último, sintiéndose dueño por la razón del porvenir, es también autor de ese mundo en cuanto es capaz por ser libre de cambiar el futuro.

He ahí los tres modos totales de enfrentarse el hombre con la realidad, cuyo esfuerzo nuestro por dar de ellos una idea, lo único que podemos hacer, y malamente, sólo busca, como nuestros anteriores artículos, disponer el ánimo de los médicos a una Medicina de tres dimensiones, donde al fin pueda caber la Psiquiatría como una de sus ramas, que siempre ha echado de menos el médico práctico.